

R. Dávila Silva

“Portales”, por Don Francisco A. Encina

A mi excelente y muy sabio
amigo Valentín Brandau, con
cariño y respeto.



EN «La Nación», del 11 de noviembre, aparecía en grandes y solemnes caracteres el aviso de que don Francisco A. Encina iba a contestar en tres domingos sucesivos una crítica mía a su libro «Portales», aparecida en la revista «Atenea». Agregábase ahí un muy largo sumario de los temas que el señor Encina se proponía dilucidar y que, en síntesis, forman como el índice de un sistema filosófico. Tal como estaba anunciado, en los números dominicales de «La Nación» aparecieron, alineados en dieciocho formidables columnas, las observaciones que a nuestro autor le merecen mis reparos. A virtud del antedicho anuncio, me he creído autorizado para intervenir en este debate y hacerme cargo de esa respuesta, si bien el señor Encina, con espíritu científico y discreción que me complazco en reconocer, haya omitido en esas columnas el nombre de su impugnador.

Debo confesarlo: en presencia de dicha respuesta mi primera impresión fué de asombro y temor. Voy a explicar porqué. Fenómeno muy conocido de turistas y viajeros es el que se produce en las altas cordilleras de las nieves eternas, de los ventisqueros milenarios. Según ahí se observa, la nieve que de continuo

cae sobre las crestas de las montañas no se asienta y afirma y amalgama sólidamente sino que va quedando superpuesta, leve, sin adherencia con las capas inferiores, en inestable equilibrio, de modo que la más ligera trepidación del suelo o la atmósfera basta para que toda la nivea torre se derrumbe hasta el fondo del valle. En ocasiones, sobran una pisada fuerte, un grito, cualquiera vibración para que el fenómeno se produzca. Por eso a los alpinistas, a los cazadores montañeses les advierten que en esas alturas envuelve riesgo de muerte disparar un tiro, pues se dan casos en que una sola detonación, conmoviendo desde la base el frágil conglomerado de las nieves, las arrastre por sobre ventisqueros y rocas, como impetuosa e irresistible avalancha, hasta las llanuras y sembrados, arrasándolo todo al paso, convirtiendo en informe masa de escombros y lodo lo que allá en las cumbres fuera nieve cándida y fúlgida.

Este conocido accidente físico suele tener su semblanza en el mundo moral; el acto más inocente puede acarrear espantables, catastróficas reacciones que llevan estrago y muerte a inimaginables distancias. Ante ellas nos quedamos atónitos de asombro y pavor, tocándonos el cuerpo para cerciorarnos de que aun estamos enteros y con vida.

Es lo que en la presente ocasión me ha ocurrido con el señor Encina. Había él escrito un voluminoso libro acerca de «Portales», libro hasta de blanca cubierta, repleto de un saber que durante treinta años había ido acumulándose ahí, pero en que los copos de nieve—digamos las observaciones, teorías y conjeturas—no se fusionaban sólidamente unas con otras ni descansaban a firme en la granítica base de la realidad histórica. Inexperto cazador, tuve yo la malhadada ocurrencia de lanzar un artículo, como quien dice un tiro, sobre la ostentosa construcción y, ¡ahí de la catástrofe, del derrumbe, del monstruoso aluvión, sobre los inermes lectores de estas dieciocho columnas de apretada letra que estamos contemplando entre admirados y pavoridos, casi todos procurando entender lo que ahí se dice y aprovechar la

modernísima y sin duda inefable sabiduría contenida en estas nuevas tablas de la ley.

Confesémoslo francamente: no es sencilla la empresa ni mucho menos, aun cuando para descifrar este código de ultramodernismo, que establece en forma absoluta la relatividad del saber, se embeba uno en su lectura, y medite y analice el texto «a grand renfort de bésicles», como diría el alegre cura de Meudon. Después de contemplar intrépida y pacientemente, con calma y esmero estas columnas, de afrontarlas por todas sus caras, se cae en la cuenta de que el señor Encina ha querido echarnos encima todo un original y personalísimo sistema de filosofía, expuesto más o menos metódicamente pero, eso sí, afirmado muy dogmáticamente, con aquella fuerza en el aserto que le conocemos los lectores de «Portales».

Empero, si hemos de ser francos, el público, y antes que él este imprudente cazador, aguardábamos en esta ocasión otra cosa que el bosquejo de un sistema filosófico más o menos plausible: a los netos y precisos reparos de historia y de metodología histórica imaginamos que opusiera el señor Encina consideraciones de la misma índole y que no abandonaría el terreno en que estaba planteada la controversia. Entretanto, a propósito de historia y de teoría de ella, nos sale con una extensa disertación epistemológica y ontológica que, de caer bajo la vista de Portales, lo hubiera muerto mucho más rápidamente que las balas y bayonetas de Vidaurre. Menos mal que en respuesta no nos ha dado un resumen de la teoría cosmogónica de Laplace o una historia de la teurgia o las matemáticas. Es decir que el señor Encina ha considerado uno solo de los varios puntos de disidencia que yo indicaba en mi crítica, y seguramente el menos favorable para «Portales», como en ulterior artículo habré de mostrarlo.

Por el momento, básteme anticipar que esta relatividad del conocimiento humano proclamada con tanta amplitud y énfasis por nuestro autor, no es nueva; tiene ya veinticinco siglos de fecha, data de los tiempos en que en Grecia la predicaba el gran

sofista presocrático Protágoras. Por otra parte, ella hace fuego, antes que nada contra el Portales del señor Encina, que de ser un hombre de carne y hueso, tangible, histórico y a quien conocemos o presumimos de conocer en plenitud, se convierte en borrosa e incierta figura, arbitrariamente construída y caprichosamente apreciada por nuestros relativos criterios y modos de aprehender la verdad, la realidad de cosas y personas. Porque no hay motivo para colocar el criterio del señor Encina en categoría especial y preponderante sobre el de los demás cuando juzga a Portales ya que, según su doctrina, tan relativo es ese criterio como el de los otros seres humanos. Y esto que digo de Portales se aplicaría a cualquier personaje de la historia y a la historia misma, envuelta como en densa niebla en las lucubraciones de nuestro autor. Es que en estricta lógica, ante el universal relativismo que enseña el señor Encina, resulta una inconsecuencia escribir acerca de nada o de nadie, si no ha de ser como expresión de un sentir individual que no se impone a ninguna otra inteligencia. Mas, las teorías a que me refiero serán, como dije, tema de un nuevo artículo; por ahora para ellas *non est hic locus*, no están aquí en su lugar, sólo remota atingencia guardan con las cuestiones en examen.

Pero a este respecto debo desde luego manifestar siquiera mi extrañeza cuando a propósito de una discusión histórica el autor se concreta al solo aspecto filosófico del asunto y deja de mano a la historia misma y su interpretación. Procedimiento que no dejará de embarazar a los historiadores futuros si los obliga a profesar una metafísica, a tener un sistema más o menos propio acerca de los prístinos y fundamentales principios de las cosas. Así, para juzgar a Bismarck habrá que conocer a fondo el kantismo y hegelianismo, o si se trata de Napoleón, las doctrinas de Renouvier y Comte, si ya no es que se requiera una completa y personal concepción del Cosmos. De otro modo no cabría escribir historia. ¿Ven Uds. a Macaulay escribiendo, en cuanto spence-riano, su historia de Inglaterra, o a Mommsen, en cuanto se-

cuaz de Krause o Schelling, la de Roma? Comprendamos que tal pretensión es inadmisibile; sería introducir la inestabilidad, incertidumbre y fluctuaciones del pensamiento filosófico en la materia firme, concreta e invariable de la historia ya consumada e irreversible. Por ahí, por esa indebida intromisión—*empiétement* dicen los franceses—de una disciplina en otra, han fallado las veinte filosofías de la historia que de Herder a Spengler han seguido en Alemania la fatal derrota del olvido.

Y no es ésta la única dificultad en que tropezarán los futuros historiógrafos si han de acogerse al sistema filosófico de nuestro autor. Sabemos ya que éste, despreciando la inteligencia razonadora y discursiva, sólo concede valer, verdad y realidad a los datos de la intuición. Esta intuición, en que se trasciende y supera a lo intelectual, a la razón, el historiador no sólo ha de reconocerla en sus personajes sino también poseerla él mismo, pues de lo contrario no podría ponerse a tono con los biografiados, le faltaría esa antena espiritual con que percibir el raro y personalísimo fenómeno de la intuición. Y todavía, ¿cuándo y cómo estaría seguro de haber aprehendido e interpretado correctamente las iluminaciones, raptos, visiones, arrobos, o como quiera llamárseles, del personaje en estudio? ¿Cuál sería el criterio para apreciar el rigor y exactitud de la deducción? Y por último, si el historiador, un Barros Arana pongo por caso, demora treinta años en escribir su historia, ¿va a exigírsele que en todo ese largo lapso de vida su percepción intuitiva no falle o disminuya un momento mientras escribe las doce mil o más páginas de su relato, y recuerde esos lampos de intuición, por naturaleza fugacísimos?

Para mi crítica a «*Portales*» lo esencial es que, reducida la respuesta del señor Encina al solo punto de las bases y desarrollo del conocimiento, quedan en pie y en toda su fuerza, manifiestamente y por lógica consecuencia, todos mis demás reparos a su obra. Y desde luego, el más fundamental, el que impugna la presunta imposibilidad de asignar leyes a la historia, de some-

terla a ellas y por ellas explicar la marcha de la humanidad. Esta misma voluminosa réplica del señor Encina, estas dieciocho columnas en que sustenta un raro y sutil sistema especulativo, ¿qué otra cosa es más que la implícita confesión de que el pensamiento del hombre y en consecuencia sus actos, están sujetos a normas en mayor o menor grado discernibles y predicables, normas que nuestro autor ha descubierto o creído descubrir, y cuya pesquisa, en todo evento, no le parece ni irracional ni contradictoria? ¿Qué reconocimiento más franco y pleno de que las ciencias sociales, con el hombre por sujeto, son tales ciencias, con principios y reglas y conclusiones susceptibles de ser inferidas con rigor? Y con este silencio, esta preterición suyos, ¿cuántas otras disciplinas históricas desde la antropología hasta la epigrafía y la estadística no deja a firme el señor Encina de las que sus asertos en «Portales» repudiaban y condenaban como anticientíficas e imposibles? Y dentro de la historia misma, ¿son pocas, acaso, las leyes de cultura, de política y los preceptos de administración, análogos en todo tiempo y país, que subsisten incólumes a despecho de la incondicional y resuelta negación de nuestro autor? Subsisten esas leyes de la experiencia que desde Hipócrates a Montesquieu afirman la influencia de los climas en la historia humana: perduran las leyes tan vigorosamente expuestas por Taine acerca del influjo del suelo, del tiempo y la raza en dicha historia; se mantienen en su plena eficiencia las reglas de los grandes números en la formación y resultados de la estadística. Nada de esto ha removido o anulado la respuesta que, fundándose en su relativismo universal, nos presenta nuestro autor.

Por lo demás, creo yo que salta a la vista de todo el mundo la incongruencia de postular ese total relativismo, negando a la vez la existencia de leyes de cualquier orden, el histórico inclusive. Porque para nosotros la inmediata y obvia consecuencia de tal sistema es ésta: el igual valor de todas las opiniones, si plenamente eficaces para quien las profesa, nulas ante los demás

criterios. Esa relatividad sólo puede referirse a la facultad perceptiva y discursiva de cada cual, y por esencia y definición difiere de individuo a individuo. No hay motivo para que un autor erija su propio criterio y juicio en ley de historia y geografía. Sin embargo, es lo que pretende el historiador de Portales al avanzar su tesis.

A este respecto argüía yo en mi crítica a «*Portales*» que su biógrafo, al negar aún la posibilidad de leyes históricas, incurría en palmaria contradicción puesto que ese mismo aserto presupone ya una ley, un principio. Y ya vemos que—no digo una ley—es todo un sistema de filosofía el que el autor deduce de la contemplación de los acontecimientos humanos, aun cuando para ello necesita plegar los hechos a sus conceptos. Por otra parte, su obra tiende a establecer un principio de jerarquías entre las diversas familias humanas. De este cargo de inconsecuencia no se ha aligerado nuestro autor, así como tampoco refuta mis comentarios relativos a esa propia cuestión de razas e influencias étnicas.

Mucho más grave que esa inconsecuencia resulta la forma y aplicación que el señor Encina da a su teoría de las razas. En su defensa él no ha tocado este reparo. En mi artículo crítico juzgué este problema suficientemente claro para no requerir mayores comentarios, limitándome a producir en su contra razones que estimo definitivas. De intento, y para no alardear de una fácil erudición me abstuve de toda cita o referencia. Mas, ante la ponderosa respuesta del señor Encina, y a fin de que no se alarmen con ella mis lectores, paréceme que no estará de más invocar el testimonio de otros pensadores, naturalistas, filósofos y críticos que añadan valor a mi débil opinión, mucho más descalificada aún si se la juzga a la luz del relativismo.

En magistrales palabras dice, por ejemplo, nuestro distinguido etnólogo el Dr. Ricardo E. Latcham (1): «La terminolo-

(1) Ricardo E. Latcham: *Antropología, Etnología y Arqueología*. Santiago, 1915, pág. 22.

« gía de la ciencia en cuanto a las diferentes agrupaciones huma-
« nas todavía no se ha fijado de una manera concreta, de modo
« que para hacerla comprensible es preciso establecer la defini-
« ción que se quiere dar a los distintos términos... En cada gru-
« po vemos, uno al lado del otro, pueblos de los caracteres más
« diversos... La evolución puede, en parte, responder por estas
« diferencias... pero con todo, es muy difícil descubrir cuáles
« sean los verdaderos factores que obran, en qué proporción, en
« qué tiempos, y cuáles han sido los tipos primitivos cuyos ca-
« racteres se han superpuesto a los demás para producir los que
« son comunes a todas las subdivisiones». E insistiendo en la di-
« ficultad de determinar la forma y proporciones en que intervienen
« los factores étnicos, agrega el autor, (p. 23). «Como casi todos los
« pueblos actuales son mezclados, resulta que son en la mayor
« parte mesaticéfalos, no obstante lo cual, se encuentran en ellos
« todos los tipos... Es, por lo tanto, muy difícil descifrar los
« diferentes elementos que han entrado en su formación... Es,
« por lo tanto sumamente complicado y difícil seguir hasta sus
« orígenes a cada uno de los componentes, sobre todo cuando és-
« tos mismos han sufrido la misma serie de mezclas antes de cons-
« tituirse en entidades políticas». Con discreción y cautela ver-
« daderamente científicas el señor Latham no cierra la puerta a
« otras explicaciones ni excluye la intervención de otros factores
« en las razas. Así, después de señalar entre los factores genéticos
« de las razas, a la selección, al cruzamiento y a la herencia, agre-
« ga (p. 23) estas considerables palabras: «Indudablemente que-
« dan otros factores, muchos tal vez, no descubiertos aún...»
« Y confirmando lo que yo avanzaba en mi artículo acerca de la in-
« seguridad en que estamos todavía respecto de la herencia y sus
« leyes, agrega (p. 26) esta frase que abre ancha brecha en la teoría
« del señor Encina: «Las verdaderas leyes que gobiernan la he-
« rencia y el atavismo no las conocemos bien; pero aun cuando no
« parecen obrar, subsisten latentes, prontas para aparecer, a la
« primera oportunidad favorable». Y por último, para asestar

golpe de muerte a la tesis de nuestro autor, séame lícito transcribir este párrafo de fuerza y autoridad únicas, que hiere a dicha teoría en su centro vital, (p. 71): «Se ha deducido de este hecho que hay razas superiores y razas inferiores, pero los argumentos avanzados a favor de estas teorías no son concluyentes; porque hemos visto que los pueblos más civilizados de hoy no lo eran ayer y bien podrán no serlo mañana... El desarrollo relativo es más cuestión de accidente que de diferencia fundamental de la capacidad; y dada una feliz combinación de circunstancias y el tiempo necesario para su desarrollo evolutivo natural, no encontramos motivo alguno para suponer que el pueblo más bajo en la escala de la civilización no pudiera ponerse al nivel de los que acostumbramos a considerar como superiores. No es argumento, como muchas veces se ha pretendido que la forma del cráneo o de la cara o la capacidad craneal sean indicio seguro de superioridad o inferioridad, porque hemos visto que estos caracteres también se modifican y que el desarrollo de la función es el que produce la mentalidad y modifica el órgano, en este caso el cerebro, y no la caja ósea que lo cubre. Es simplemente un prejuicio el que coloca la sección de la humanidad a que por casualidad pertenecemos en un pináculo que decretamos no será jamás alcanzado por otra». No se podrá ya hablar de fatalismos de raza después de leer las siguientes categóricas palabras que son firme expresión de la ciencia (pág. 138): «se puede admitir la diferencia entre una clase y otra en cuanto a vigor físico y energía intelectual; pero como diferencia relativa, no absoluta. No son diferencias fundamentales sino de grado, y bajo condiciones favorables tienden a eliminarse o atenuarse en gran parte. Sin embargo, como todo progreso es lento, no siempre alcanzamos a presenciarlo y esto nos hace creer con frecuencia que no existe, y negar a los pueblos de cultura inferior la capacidad de progreso».

Pero escuchemos ya a otras autoridades. El conocido etnó-

logo M. Eugène Pittard (1) escribe: « Los invasores, convertidos
« en vencedores, se han otorgado las mejores situaciones. Han
« constituido en el acto la aristocracia militar, tipo del mundo
« feudal. Eso se ha visto siempre y verosímilmente se verá siem-
« pre, cualquiera que sea el grupo étnico a que se pertenezca.
« Y no es porque poseyesen el complejo étnico que se sabe;
« no es en virtud de un determinismo racial, sino simplemente
« porque eran los triunfadores por lo que las gentes de raza nór-
« dica se han colocado, por derecho de conquista, en primera
« línea». Más lejos, (p. 28) añade Pittard: «¿Es exagerado decir
« que por el momento no hay lugar a aceptar las leyes enunciadas
« (acerca de la superioridad de los dolico, sobre los braquicéfalos),
« por lo menos bajo esta forma autoritaria? Nuestros documen-
« tos de morfología comparada son demasiado insuficientes para
« que podamos tomar otra actitud que la de la espectación, de la
« reserva. Nunca más que aquí se impone la reserva científica
« porque tales suposiciones, entre las manos de los exaltados,
« pueden conducir a trastornos sociales mal organizados...».

Nada ataca más directamente la tesis del señor Encina en su metodología que el texto de Lévy-Brühl que transcribe en seguida: «Nada aparta mejor del método deductivo *a priori* que
« la práctica de la historia. En efecto, como se ha divertido en
« hacerlo ver Littré, lo que de hecho ocurre en la historia es casi
« siempre lo contrario de lo que *a priori* hubiera debido ocurrir.
« ¡Cuántas sorpresas para el hombre de Estado más clarividente
« si volviese al mundo cincuenta años, nada más, después de su
« muerte!».

Pero escuchemos ya la voz del historiador. Eduardo Meyer una de las supremas autoridades en la materia, escribe acerca de estas cuestiones (2): «Así, pues, no puede existir duda: el grupo
« étnico no se ha creado, él también sino por un largo proceso his-

(1) Eugène Pittard. *Les Races et l'Historie*. París, 1924, pág. 26.

(2) Edouard Meyer: *Histoire de l'antiquité*. París, 1912, tomo I, pág. 86.

« tórico, semejante al que hemos considerado más arriba». Y en la siguiente página añade estas decisivas palabras: « En realidad, « en ninguna parte de la tierra se dan pueblos sin mezcla; y « mientras más alta es la civilización, más fuerte es de ordinario « la mezcla. La pureza de la sangre, el autoctonismo, la impe- « netrabilidad a las influencias extranjeras, todo ello dista tanto « de constituir ventajas que, por el contrario, un pueblo es nor- « malmente tanto más fuerte cuanto mayor número de influen- « cias extranjeras ha acogido y fundido en una íntima unidad; « es sólo cuando no lo consigue cuando la mezcla es funesta. « Todos los pueblos y sobre todo las nacionalidades de nuestro « mundo civilizado son el producto de un proceso complicado de « evolución, influenciado por los acontecimientos históricos más « diversos; y tan poco es la nacionalidad—por mucho que lo « pretenda—la expresión de una unidad étnica primitiva que, « muy al contrario, en el terreno del mismo grupo étnico y de la « misma unidad lingüística, diferentes nacionalidades se pre- « sentan... y que, a la inversa, en el seno de la misma naciona- « lidad, los pueblos que en él se injertan pueden mantener parte « de su individualidad».

No es menos preciso y concluyente el sentir de críticos y filósofos a este respecto. Así, en un profundo artículo de Brunetiére (1) hallamos las siguientes explícitas declaraciones: « Hoy « día la noción de raza, dice Mr. Gumploew, no es ya por do- « quiera más que una noción histórica... La raza es una unidad « que en el curso de la historia se ha producido en el desarrollo « social y por él... Los factores iniciales son intelectuales: len- « gua, religión, costumbre, derecho, civilización... *Sólo más tar- « de aparece el factor físico, la unidad de la sangre...* » Diremos la misma cosa de manera más breve: no es la sangre la que hace la raza, sino, al contrario, la raza hace la sangre. Con lo cual una cuestión, no sólo obscura sino contradictoria en los términos,—

(1) Publicado en la *Revue des Deux Mondes*. Año 1893, pág. 437 y sgtes.

porque si no se puede observar en parte algunas razas naturales, ¿cómo en realidad se las definiría?—se encuentra reducida a una cuestión puramente histórica... «Y más adelante (p. 442) leemos « estas luminosas palabras: Pero, ya sea que se le reconozca o, « al contrario, ya sea que se lo niegue, si el poder del individuo « se aumenta con ello en el primer caso, no se disminuye en el « segundo; de todas maneras la individualidad permanece como « una fuerza histórica, siempre independiente y siempre impre- « vista, que no cabría retirar de la historia sin reducir a la mate- « mática lo que hay de más complejo, de más variable y de más « vívido en el mundo. Así equilibrada por la influencia del indi- « viduo—de la cual todo lo que pudiera decirse para disimularla « es que es menos constante y de apreciación más delicada—la « influencia de la lucha de las razas en la historia o en el proceso « mismo de su formación no deja de quedar ya singularmente re- « ducida... El mismo Mr. Gumploew nos lo ha dicho, y de « buen grado lo repetimos con él: «La raza es una unidad que se « ha constituido en el curso de la historia, en el desarrollo social « y por él». Nada de comunidad de sangre, nada de fisiología « ahí sino hechos históricos y sociales, y nada de más ni de menos. « La raza francesa es una *creación* de la historia de Francia...». A este respecto escuchemos, por último, la palabra lúcida, invencible, de aquel magno espíritu, dialéctico formidable y agudísimo escritor que fué Alfredo Fouillée. Escribe él: (1): «No ver en la evolución de las sociedades más que una lucha de razas en el « seno de medios geográficos más o menos favorables es no per- « cibir más que un aspecto de la cuestión y el más primitivo, el « más vecino a la animalidad, es caer de nuevo en el dominio de « la zoología y la antropología. Aun entre las razas prehistóricas « el gran móvil del progreso social fué la producción en vista del « consumo; ahora bien, la cooperación apareció pronto a los hom- « bres como el medio más fecundo y seguro de producir las cosas

(1) Alfred Fouillée: *Psychologie du peuple français*. París, 1927, pág. 48.

« útiles ». En la página 54 agrega estas palabras que parecen escritas como remate de toda la discusión: « En una palabra, las ideas y los sentimientos no se distribuyen por razas; eso ocurre « sólo con un pequeño número de ideas o sentimientos, y ese « número va disminuyendo sin cesar. *Es falso, pues, que la adaptación por instrucción, por educación, por costumbres, legislación, « régimen económico, no presente importancia; son por el contrario, « factores cuya importancia va creciendo y que moldean poco a poco sobre el mismo patrón a los individuos que vienen de familias « o de razas diferentes ».*

En presencia de estos textos y de cien otros que pudieran acotarse, la cuestión racial como la entiende el señor Encina, con los comentarios y aplicaciones que de ella hace, puede considerarse refutada en sus fundamentos, condenada a muerte por el más alto y sabio pensamiento moderno. No hay fatalismo racial; la raza es una resultante de múltiples factores de toda índole; no aparece en el origen sino en el curso de la evolución de las sociedades y tiende a la total y definitiva fusión de todas las sangres. No existen razas perpetuamente superiores y privilegiadas. La historia no es un problema que resuelva sólo la consideración étnica de los individuos sino la concomitancia de la raza con los otros elementos normales y formativos de la evolución social: clima, época, suelo, costumbres, religión y, por sobre todo ello, el libre, espontáneo y demiúrgico genio del hombre. Es lo que enseñan los textos aducidos y lo que en su libro desconoce el señor Encina.

Esto que digo de la cuestión racial puede repetirse de los demás asertos de nuestro autor objetados en mi crítica. Así, por ejemplo, ahí hacía yo especial hincapié en lo relativo a la libertad, tratada con tanta ironía por el señor Encina. Paréceme que el largo resumen filosófico de dieciocho columnas confirmaría, antes que rebatirlo, mi reparo. Porque filosofía como la del señor Encina, que postula y exalta el sentir propio, la intuición y el visionismo, erigiéndolos en norma del juicio de cada cual, es la

suprema expresión de la autonomía del pensamiento, la más sólida base de individualismo y, por tanto, de libertad. No cabe suponerle a ésta, fundamento más amplio y profundo porque toca a lo más íntimo y hondo del hombre. De modo que no es dable, sin notoria inconsecuencia, (¡y en ella cae nuestro autor!) por una parte afirmar la relatividad del conocimiento con que apprehendemos la realidad, y por otra un determinismo evolutivo y racial que reprime, condena y decapita la libre iniciativa humana. Si nuestro autor se proponía suprimir la libertad, sobre todo en el terreno político, debió propiciar algún sistema que llevara implícito ese repudio, digamos, por ejemplo, el hegelianismo, que esclavizando al individuo, lo sacrifica a la sociedad y por encima de todo pone al Estado omnipotente, dictador de personas y conciencias. Pero es lo que no ha hecho; y de ahí la insalvable contradicción que señalo: su relativismo es doctrina personalista y de libertad, y él desdeña la libertad. Es decir, en otras palabras, que le vuelve la espalda a la historia, que cierra los ojos al dilatado y uniforme espectáculo del avance de la humanidad hacia una meta que es la más amplia independencia del hombre compatible con la vida social. Esa marcha, lenta pero continua, se produce a lo largo de los siglos en el sentido de asegurar al individuo el máximum de bienestar y confianza hasta tocar el límite de los derechos ajenos; el objetivo final que persigue es facilitarle el espontáneo y libre juego de todas sus actividades físicas y espirituales para las que se siente organizado. Esa progresión de pueblos e individuos a la libertad, avance refrenado a veces, otras retrógrado, es propiamente la historia y es su forma y destino. De ahí que cuando una nación se ha acercado a ese ideal, se ha producido en ella una época gloriosa y feliz de bienestar, grandeza y exaltación. Tal sentimiento de autonomía espiritual y civil, y el de responsabilidad que le es correlativo, son motores supremos de la vida humana. Para constituirlos y afianzarlos pugnan las generaciones; ayer los instalaban los hombres en sus códigos y leyes; hoy, en todo el orbe, millones de mujeres

tienden al mismo fin, y a lograrlo encaminan todos sus esfuerzos. Es que nunca se siente el individuo bastante provisto de libertad, así como nunca imagina respirar suficiente aire puro o encerrar en sus arcas las necesarias riquezas. Y todo cuanto enfrena o amengua esa independencia lo afecta y lastima como una disminución de su personalidad. Eso es lo que nos muestra la historia en cada una de sus páginas desde Atenas y Roma antiguas hasta Francia y Gran Bretaña, Suiza, Estados Unidos. Cuando en algún pueblo ha faltado ese potente impulso, aquella noble y creadora aspiración de bienestar y progreso, decimos que ahí han sentado sus reales la incultura y decadencia. De manera que todas esas fáciles ironías contra la libertad, si acreditan el talento de quien las gasta, caen impotentes al suelo si pretenden ser algo más que ingenioso y sofístico juego. Que es, manifiestamente, lo que ocurre con estas gracias del señor Encina. A este respecto vuelvo a interrogar a nuestro distinguido historiador: ¿Han nacido los pueblos a ser libres o siervos? ¿y por cuál término opta él? Porque nada puede abstraerlo a la disyuntiva: o libertad con todas las limitaciones y modalidades que quiera imponérsele, o despotismo, cruda tiranía, cuya condición y vital necesidad es el encadenamiento de la inteligencia e iniciativa individuales. ¿Cuál propone al hombre mayores paz y felicidad y contribuye más eficientemente al progreso y civilización de los pueblos? Como entre libertad y despotismo la diferencia está en los principios generadores, no cabe imaginar un híbrido de ambos sistemas, porque la lógica y la experiencia histórica han demostrado cien veces que el régimen remonta siempre a su principio constitucional, orgánico. Hemos de preferir la libertad aun cuando más no sea que por esa perpetua vigilancia que impone a sus devotos y que mantiene alerta, en tensión, en constante ejercicio todas las facultades y energías del individuo. Vigilancia fecunda en iniciativas de que se aprovecha la sociedad entera, en virtudes que retemplan su voluntad y que aun a los que carecen de todo otro,

proponen como el más bello ideal de existencia la libertad en todas sus formas.

Quizás la razón de la antinomía que señalaba hace un momento se halle en los orígenes de la filosofía y construcción histórica del señor Encina. En realidad, se la encuentra sin mayor trabajo en el conocido libro de Spengler acerca de «la decadencia de occidente». Ahí ha recibido nuestro autor el *coup-de-foudre* del historiógrafo alemán; él mismo no lo oculta, lo deja claramente vislumbrar cuanto en los dieciocho capítulos de «Portales» pone como epígrafes nueve textos del escritor germano. Se ve la enorme, la avasalladora influencia de éste sobre nuestro compatriota, que, en toda la fuerza de la palabra, está intoxicado de spenglerismo. Influencia, a mi entender, nefasta, porque bajo capa de una vasta y viaria erudición, que aun no ha sido aquilatada en forma por la alta crítica, Spengler ha introducido en la historia multitud de prejuicios, controvertibles principios, falsas inferencias y engañosas simetrías que la deforman y encuadran en un marco de error. ¿Quién no siente palpitar en sus libros la tesis de la supremacía teutona y que la obra ha sido escrita para demostrarla? Día ha de llegar—y ya existen trabajos de avanzada—en que todas esas peregrinas teorías serán controladas y estimadas en su justo valer; y mucho me temo que éstas, como tantas otras especulaciones forjadas en Alemania y recibidas con aplauso y acatamiento en todo el mundo, pase a ocupar un nicho en el hipogeo de los sistemas históricos y filosóficos. ¿Por qué no, si ya pasaron los de Kant, Fichte, Hegel y Bunsen?... Por el momento basta constatar que ellas han creado e informado el concepto histórico del señor Encina y, por natural consecuencia, su manera de apreciar a Portales y su época.

Pero no todo el sistema de nuestro autor lo suministra el spenglerismo, que describe las sociedades ya constituídas; otra parte, y esencial, de la filosofía que examinamos la proporciona la doctrina de Bergson, que también anda muy recordada por estas páginas. El bergsonismo tiene aquí plausibilidad y cabida. Por-

que sí, con Spengler, los lectores asisten al desarrollo de las sociedades humanas en ciclos que el autor alemán describe minuciosamente, es fuerza remontar aún más cuando se buscan los orígenes de ese eterno movimiento de avance; hay que rastrearlo en el hombre mismo que forma dichas sociedades, en su constitución mental y física y, aun más lejos, en la evolución de la materia universal de que se componen las agrupaciones humanas. Ese evolucionismo, que empieza por ser cósmico antes de convertirse en biológico, el bergsonismo nos lo muestra en acto y proceso de sempiterno devenir. Y se contempla entonces completo el sistema discurrido, por el señor Encina que, partiendo del átomo, concreción de fuerzas y pasando por las infinitas metamorfosis de una evolución universal y eterna, ha venido a culminar en el hombre, y aun más arriba, en los grupos de hombres que viven y forman la historia.

No es ésta, como dije, la oportunidad de juzgar el sistema que se nos ofrece con tan imponente aparato de erudición. Pero con lo expuesto cabe formar idea del terreno en que el señor Encina sitúa sus doctrinas y apreciaciones; cabe asimismo señalar desde luego algunas de sus deficiencias. No es el menor inconveniente de la filosofía propuesta en las consabidas dieciocho columnas su perfecta inutilidad para la elaboración de «*Portales*». Este libro—de índole puramente histórica y biográfica—(no necesitaba asumir otra,) ha podido escribirlo cualquiera que poseyese los documentos, datos y agudeza psicológica de nuestro autor, sin necesidad de filosofía sistemática alguna. Le habría bastado algún conocimiento de la vida y sociedad de entonces, cierta experiencia de la historia general. No se divisa, porque no existe, ningún acto de *Portales* que no hubiera podido explicarse sin recurrir a la iluminación intuitiva, ni el señor Encina cita ninguno. La realidad de los hechos es que no se ve en qué las sutiles distinciones, las finezas dialécticas y la intrincada fraseología filosófica ayudan a mejor comprender la clara y luminosa figura de *Portales*, toda naturalidad y energía. No descubre el lector acto

proyecto o empresa del gran Ministro que lo fuerce a buscar una base o explicación especulativa, transcendental; todos se entienden a la serena luz de las circunstancias y personajes de la época, todo ocurre en el pleno día de la historia, en la esfera de lo racional y comprensible. El señor Encina ha podido, pues, sin inconveniente suprimir de una plumada toda aquella inoportuna vegetación filosófica sin que su héroe quedara menos preciso, completo y humano, menos vívido y real. De ahí también que todo el mundo, aun los que jamás saludaron los cánones de la metafísica ni oyeron de sus postulados, y aun a despecho de la envoltura ontológica en que nuestro autor lo ha envuelto, haya percibido a maravilla, la grandeza, la imperiosa personalidad del insigne Ministro. Revela esto que me faltaba el relativismo del conocimiento para entenderlo y que la teoría del señor Encina en ninguna medida contribuye a definir y esclarecer al preclaro personaje. Esa pseudo-filosofía es sólo un peso muerto que el biógrafo le ha colgado a los pies.

Por eso creo yo que si después de estas columnas algo queda en plena luz de evidencia, es mi aserto de que Portales no fué la creatura de pasmo y milagro, el vidente que nos pinta su historiador. Ni aun en las referidas columnas de réplica hay nada que abone ese juicio laudatorio hasta lo irreal. Necesito insistir, en este punto capitalísimo para de algún modo contener la avalancha de lirismo y romance en la biografía que nos trae perturbados, ese recrudescimiento de los entusiasmos mistagógicos de Carlyle y Emerson que en cada personaje ilustre veían un ser bajado del cielo. En este caso de Portales resulta la apoteosis aun más injustificada que en otros, porque a *Don Diego*, (¡lo tratamos como a contemporáneo!) lo conocemos íntimamente en sus vidas privada y oficial, y ello gracias en parte al mismo señor Encina. El autor nos produce repentinamente ante la vista al prócer, lo enfoca aisladamente e ilumina su imagen con lumbre enceguecedora de entusiasmo; después, de súbito, lo eclipsa. Es un semidiós a quien hace vivir fuera de ambiente, sin contacto casi con la

realidad que lo circunda; surge de improviso como completo estadista armado de todas las capacidades, cual saltara Atenea del cerebro de Jove. Y, claro, mil veces claro, ésa no es toda la realidad, toda la verdad. Porque el señor Encina descuida hablarnos de la enorme, de la formidable reacción que a la época de Portales existía en contra del caudillaje, en contra del desenfreno de la soldadesca y la delincuencia desbordada. Hubo entonces una opinión pública que el autor no nos deja escuchar y reconocer en su influencia sobre el magnánimo Ministro. Ese anhelo de redención, ese clamor de socorro, aquella necesidad, casi diría fisiológica de reconquistar paz y seguridad, estaban en la atmósfera, la sentía el país del uno al otro confín, circulaba por salones y tribunales, en la industria y el comercio, todo lo cual sufría y periclitaba en el universal desgobierno y desconcierto. No era sólo Portales, eran millares y millares de ciudadanos en toda la extensión del territorio, hartos de arbitrariedades y atropellos y crímenes, los que buscaban al hombre que encarnara aquellos sentimientos de protesta y rebeldía contra el militarismo anárquico. Fué esa conciencia general del Chile de 1830, fué esa voluntad homogénea y universal de todo un pueblo la que se albergó en el alma de Portales, la forjó con temple de acero y colocó al gran Ministro en una base incommovible de seguridad y lealtad sin la que el genial estadista no hubiera podido avanzar un paso, expedir un decreto. De esa popular voluntad sacó Portales sus energías, en ellas las retempló. Milagro aquel que en estos días hemos visto reproducirse cuando análoga situación de tiranía militar reunió y concertó como por obra de prodigio todas las sanas voluntades del país en un solo, soberano esfuerzo, y en pocos meses lanzó a la defensa de la patria y sus instituciones a las entusiastas milicias republicanas. A la luz de los hechos vistos sin pasión, desaparecen milagros, facultades intuitivas nunca soñadas, actos de genio sin ejemplo desde los clásicos días de Julio César. El caso de Portales sería todo eso, pero sólo cuando, deformada la historia, se olvidara que los grandes hombres nece-

sitan para producirse y prosperar un ambiente que los incube, envuelva y proteja en el curso de su carrera. Son efectos de causas no sólo íntimas sino en gran medida externas. Esta parte de influencias sobre Portales es la que silencia o deprecia el señor Encina; con lo cual, si engrandece a su héroe sacándolo de los humanos límites, también lo coloca fuera del marco de la historia, aparte de toda razonable psicología. Aquélla, la historia, no admite,—porque es relato de la verdad—esas deificaciones y metamorfosis; y en todo personaje, grande o pequeño, busca los antecedentes y circunstancias, el conjunto de pormenores que lo rodean y que en la mayoría de los casos determinan y explican sus actividades. Más que ninguno de esos grandes estadistas recibió Portales dichos influjos del medio en que actuaba.

Hay algo más que olvido o menosprecio en esta actitud del señor Encina: hay una verdadera ingratitud cuando en la enorme labor administrativa de su biografiado, en la masa de las leyes, decretos y notas promulgadas o expedidas bajo el gobierno del gran Ministro, calla toda la parte que en dicha labor correspondió a los colaboradores de Portales, algunos de ellos especialistas en sus ramos, muchos de ellos varones de preclaro saber y útiles iniciativas. Si juzgamos de todo ello por el libro de nuestro autor, parecería que esa legislación surgió espontánea del solo cerebro de Portales, sin consulta ni estudio de nadie, por inspiración propia, y en algún caso por adivinación o mensaje celestial. Lo que no sólo es injustísimo respecto de aquellos beneméritos patriotas que colaboraron con el Ministro y lo asesoraron e instruyeron en materias que él ignoraba sino que es contrario a la historia que así como discierne la parte de la vigorosísima personalidad de Portales en su obra política, no puede, a la vez, dejar de reconocer la muy capital que tuvieron en sus ideas, ya que no en sus resoluciones, los compañeros de su actuación ministerial. Toda esa labor administrativa de legislación portaliana el señor Encina la pinta cual si se tratara de rescriptos cesarianos expedidos *motu proprio*, sin consulta. Y eso no es la historia, no.

A este respecto, hablando de los hombres de talento o de genio y del modo cómo hay que apreciarlos, un eximio pensador trae muy precisas y categóricas palabras que valen por un extenso comentario. Dice Herberto Spencer (1): «El origen del grande hombre es natural, y ello admitido, hay que clasificarlo sin vacilar con todos los otros fenómenos de la sociedad que le ha dado el ser, entre los productos de los estados anteriores de esa sociedad... El no es más que una resultante de un enorme conjunto de fuerzas que han actuado de concierto durante siglos... Si es verdad que el grande hombre puede modificar a su nación en su estructura y sus acciones, es también cierto que antes de su aparición han existido forzosamente modificaciones anteriores que han constituido el progreso racional. Antes de que él pudiera rehacer a su sociedad, es preciso que la sociedad lo haya hecho a él mismo. Todos los cambios de que es inmediato autor tienen sus causas principales en las generaciones de que descende. Si existe una explicación verdadera de esos cambios, hay que buscarla en ese conjunto de condiciones de que han salido los cambios y el hombre».

Pongo especial empeño en traer la noble figura de Portales al campo de lo racional y humano precisamente porque no necesita de místicos e indiscretos entusiasmos para brillar en nuestra historia con fulgores de héroe y de mártir. Lo hago también para abstraerlo a esa actual corriente de carlylismo y providencialismo que transforma y desnaturaliza las más nítidas y vigorosas personalidades, en el comprensible anhelo de glorificarlas. Mas, para ello se quiere hacer abdicar a la inteligencia, postrarla ante esas respetables figuras, y no rendirles justicia sino tributarles culto. De tales apoteosis se excluye, como a importuno testigo a la razón. Y entonces, la enseñanza que pudiera darnos la historia, la experiencia que en ella pudiéramos coger se esfuman

(1) Hebert Spencer: (*Introduction á la Science Sociale*. París, 1878. pág. 35).

entre el clamor hierático de los panegiristas y el espeso incienso de la alabanza... Mas, volvamos al caso de Portales. Con los datos que trae el mismo señor Encina, no hay un solo honrado y competente historiador, que, basado únicamente en ellos y en un completo dominio de los sentires y aspiraciones de los contemporáneos del Ministro, no pueda trazarnos un retrato pleno, coherente y razonable del genial estadista. Pero... ¿a qué imaginar ese historiador honesto y competente si ya lo poseemos en el señor Encina? Bórrense de su libro todas esas teorías parásitas e inexactas traídas a cuento en justificación de un supuesto milagro psicológico, y nos hallamos ante un personaje muy real y equilibrado, lleno de facultades y recursos, que apoyado en el sentir de toda la nación, interpretándolo y realizándolo con energía llevada hasta la crueldad, cumple su augusta y viril misión y muere envuelto en la bandera de la patria y de la gloria.

De todo lo hasta aquí dicho se desprende que la respuesta de nuestro autor no ha tenido la virtud de refutar mis reparos ni de afianzar sus propios conceptos y afirmaciones. ¿Qué vale entonces esa filosofía en que basa toda su teoría de la historia y de Portales el señor Encina? es lo que acabaremos de determinar en un último artículo.

Diciembre 20 de 1934.